

á un espantoso pseudo-profeta? ¿Quién no conoce su perversa intencion de prestar á las pasiones políticas todo el encono, todo el fanatismo, toda la acritud irreconciliable (á pesar de la reconciliacion que nos ofrece sobre las ruinas), y toda la fiereza maniaca de las pasiones religiosas? ¿Cómo, pues, no he de censurar yo, que tan alto aprecio hago del Sr. Castelar, que se incline un poco hácia las doctrinas de Mazzini? Sea el Sr. Castelar verdadero católico, y sea demócrata racional y no místico, y entónces le aplaudiré y le celebraré por católico y por demócrata al mismo tiempo. De todos modos, y á pesar del atrevimiento con que me he adelantado á censurarle, bien sabe el Sr. Castelar que soy uno de sus muchos admiradores y mejores amigos.

DEL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

Y DE ESPRONCEDA.

I.

Estudios de erudicion no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero mientras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, aun se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apenas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la leccion y consideracion de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la hermosura y empañando el esplendor del nuestro. Y no queremos dar á entender que no haya en España profundos economistas, matemáticos sutiles y entendidos, médicos doctos, y políticos de altas miras y despejado ingenio; sino que aun no tenemos autonomia y movimiento propio: esto es, una política espa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ñola, una escuela filosófica española, un sistema científico cualquiera que se pueda llamar nacido en España. Solos dos hombres gloriosos, muertos por desgracia temprano, y de cuya fama *adhuc sub judice lis est* (porque acaso la envidia sea como el amor, mas fuerte que la muerte); solo dos hombres gloriosos, Valdegamas y Balmes, han intentado dogmatizar sin apoyarse servilmente en una autoridad extranjera. Sus libros han recorrido en triunfo la Europa. Lo que por sí solo probaria, aunque no hubiese otras pruebas, que ni de la inspiracion filosófica, ni de la inteligencia de los asuntos elevados, ni de la voluntad perseverante y firme en la meditacion, carecemos los españoles; y que aquella esterilidad ó pereza nuestra, de que ya nos acusaba Scaligero, diciendo *aliqui Lusitani docti, pauci Hispani*, proviene de otras causas; las mismas sin duda que dan origen á nuestro atraso en la industria, en el comercio y en la agricultura; atraso que más que ninguna otra cosa, por ser tan grosero y materialista el siglo en que vivimos, nos echan en cara las naciones extrañas, sin considerar que aun somos ricos de más perfecta riqueza; la cual, aunque ofuscada y oculta, todavía está en nosotros, y ha de salir con el tiempo á dar luz y brillo. Porque á pesar de las discordias civiles y de las malas pasiones que han tomado cuerpo y vigor entre los que tratan de gobernarnos, la antigua virtud renace, y las aspiraciones sublimes se despiertan; y ya que no puedan realizarse en el mundo, adquieren forma y vida fantástica en la poesía.

Por eso hay una poesía española y poetas españoles con ser propio y no hijos de los extranjeros, como el filósofo español, que es hijo de Kant ó de Cousin, y el economista español que nos traduce y copia á Say ó á Bastiat. Sabido es que en las ciencias no se puede, como en poesía, fantasear ni inventar continuamente; pero tambien sabemos que, cuando no se hace sino repetir, casi no hay objeto ni motivo para escribir libros, en que solo la frase, si acaso, sea nueva. Y en muchas ciencias y doctrinas, repito, que no somos en el dia sino meros imitadores y copistas. Lo contrario sucede en la poesía; porque despues de haber dejado, por una feliz revolucion literaria, la senda fatal de imitacion de los clásicos franceses, y despues de haber renegado del Apolo de peluquin con polvos que tenia por Dios, volvió á tomar en el romance y en el drama sus antiguas y originales formas, y dió frutos sabrosísimos y preciosos.

El romance es nuestra poesía indígena, nacida entre nosotros, sin que nada le deba á la poesía griega, ni á la latina, ni á la italiana, ni á la francesa, que sucesiva ó simultáneamente han imitado, y siguen imitando los poetas académicos. Y del romance, de esa poesía popular, ha nacido nuestro teatro, el más rico, el más vario y el más sublime del mundo.

El romance es nuestra poesía, ó por lo menos el gérmen de nuestra verdadera poesía: y cuando esta decae y no muere, es porque en el romance se conserva viva, y el vulgo la sigue cantando en las ciudades, y los rústicos en las aldeas y despoblados; y ya

la cantan en coplas, ya en jácaras, ya relatando historias tan picantes como la de Gerineldos, ó tan tiernas y delicadas como la de aquella condesa que va peregrinando en busca de su esposo. Lo que Iriarte decia irónicamente al oír cantar al ciego, *aun hay en España poesía*, yo lo hubiera dicho de buena fé, si hubiese vivido en su tiempo. En los de decadencia y mal gusto se ve á los poetas olvidar sus extravagancias y ser grandes ó por lo menos ingeniosos, cuando escriben romances ó cosa parecida. Góngora, prevaricador del buen gusto, detestable en las *Soledades* y en el *Poli-femo* y mediano poeta en sus canciones endecasílabas, como por ejemplo, en la de la Armada invencible, es discretísimo, ameno, amoroso y divertido en los romances.

Los españoles ha tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Poco nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gaume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latin punto menos, pues el poco que se aprendía en las escuelas se procuraba olvidar en seguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, ó ya porque están hechas por eruditos las más, y poquísimas por poetas, ó ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos. A los españoles, á pesar de las sátiras, de los preceptos, y de los ejemplos de don Leandro Moratin, nos han gustado y nos gustan mas las comedias de capa y espada que las de Terencio y Moliere; y los romances y las coplas más que las odas. Añádanse á esto las

frialdades insulsas de Venus y de Cupidillo, que de la corta inteligencia de los clásicos, y del vano deseo de imitarlos, sacaban nuestros poetas académicos, la compresion intelectual en que viviamos y la pobre y rastrera filosofía francesa del siglo pasado, que los liberales oponian al fanatismo de los frailes y al despotismo del gobierno, y se comprenderá la situacion de ánimo en que nos sorprendieron de consuno la muerte del rey, la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de libertad, la revolucion política, y la literaria del romanticismo. Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarlas en su movimiento progresivo, y en literatura pensamos abrir nueva senda más original y más ancha. La secta de los románticos, que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente á nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo, no hay pais más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exajerado; y á pesar de los grandes poetas que siguieron la nueva secta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas. Pero de la misma contienda nació poco á poco una filosofía del arte más perfecta y comprensiva; las distinciones desaparecieron, y se llegó á entender que de lo bello y de lo feo, de lo ingenioso y de lo rudo, es de lo que se debe ocupar

el crítico, para admirarse de lo que naturalmente es hermoso, y desechar y condenar lo que, por moda ó convencion, suele, en un momento dado, parecer bello al vulgo.

El romanticismo, por lo tanto, no se ha de considerar, hoy día, como secta militante, sino como cosa pasada, y perteneciente á la historia. El romanticismo ha sido una revolucion, y solo los efectos de ella podian ser estables. Entre nosotros vino á libertar á los poetas del yugo ridiculo de los preceptistas franceses y á separarlos de la imitacion superficial y mal entendida de los clásicos; y lo consiguió. Las demas ideas y principios del romanticismo, fueron exageraciones revolucionarias que pasaron con la revolucion, y de las cuales, aun durante la revolucion misma, se salvaron los hombres de buen gusto.

El romanticismo que veinte años há apareció, ó si se quiere, resucitó entre nosotros, habia aparecido en Alemania durante las guerras contra Napoleón, no solo como secta literaria, sino como doctrina filosófica y patriótica, que sacaba la edad media de su sepulcro y que armaba á sus guerreros católicos contra el pagano emperador de Francia. Nosotros, que no teniamos necesidad de evocar espectros para luchar con Napoleón, y que conservábamos vivas en el alma las ideas patrióticas, conservamos asimismo, en medio de aquel levantamiento contra los franceses, un respeto ciego por sus preceptos literarios, y hasta un amor decidido y un anhelo particular de seguir en todo sus ideas filosóficas. Así es que Quintana, el gran

poeta lírico, es el poeta más pagano que ha habido en España; y aunque por el sentimiento es sublime, las ideas que populariza son las más vulgares de la filosofia francesa del siglo pasado.

Cuando por medio de los franceses, y con las obras de Chateaubriand, Victor Hugo y Mme. Stael, llegó á nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas, que los dos Schlegel que le proclamaron en Alemania, no le hubieran ya reconocido. Los franceses le habian añadido mucho de su propia cosecha, y habian tomado por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico, ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo; y, como los franceses, añadimos á estos elementos del romanticismo, no solo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fué poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente, y que por si solo imprimió un carácter singular á la nueva literatura. Hablo de las obras de lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo: y de las de Walter Scott, no ménos original, aunque no tan grande. Nos pintaba el primero las cosas presentes con el hastío de la vida, las tinieblas de la duda, los ayes de la desesperacion ó la risa del sarcasmo, y Walter Scott las cosas pasadas con una verdadera y maravillosa segunda vista, y con los colores más brillantes y poéticos, aunque con una prolijidad á veces enojosa.

Los trastornos y revueltas porque hemos pasado; y lo extraordinario y nuevo de muchas cosas presentes, han despertado en los hombres gran vigor y agu-

deza de comprensión para las remotas, así en el tiempo como en el espacio; y de aquí nace (á par de las relaciones de viaje y de las historias *ad narandum non ad probandum*, en las cuales no se omite menudencia alguna por microscópica que sea), ese amor y cuidado con que se procura conservar en el día, en toda obra de arte, lo que llaman color local. Verdad es que este color suele ser falso; y en tratándose de la edad media, lúgubre en demasía. Muchos poetas góticos huelen á cementerio; y lo que es más, tienen una extraña predilección por lo deforme y por lo feo ideal. Afirman algunos impíos alemanes que esto proviene de que el cristianismo les diabolizó la naturaleza, que ellos habia divinizado; pero si verdaderamente la divinizaron, cuando eran gentiles, fué tan sin ninguna gentileza y con tanta barbarie, que á poca costa se les volvian diablos los dioses, aunque ántes no lo fuesen. No así Venus, Apolo, Minerva, las Musas y las Gracias. Nunca el cristianismo los ha convertido seriamente en diablos; y si han dejado de ser dioses, continúan siendo ficciones divinas. Goethe, príncipe de los poetas de este siglo; Goethe, á quien los románticos españoles y franceses pusieron entre sus maestros, y que en el sentido estricto de la palabra, no puede pasar por romántico, fué pagano, pero del paganismo griego, y no del alemán. Este egregio poeta prestó y añadió una idea peregrina al romanticismo, á saber, la de la poesía trascendental. Así como pensaron sus compatriotas en hallar la ciencia trascendental, así Goethe procuró poner esta ciencia en poesía; y en

la poesía, lo creado, lo increado, y el porqué y el cómo de todo ello. Esta fué la última faz con que se presentó entre nosotros el romanticismo. Veamos ahora qué carácter y fisonomía tuvo desde luego.

El romanticismo podia ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo á la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo; en hablar de Jehovah, ó en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, no ya de semi-dioses paganos, sino de ondinas, huries, brujas, sílfides y hadas, ó en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto á la forma, los románticos la desatendian, presumiendo de espiritualistas, y poniendo la belleza en lo sustancial y recóndito. El poeta no escribía ni debia escribir por arte, sino por inspiracion; su existencia debia tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debia diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debia considerar como un apóstol, con mision especial que cumplir en la tierra. Víctima de su mision y de su génio, no comprendido por el vulgo, el poeta debia ser infeliz, debia ser una *planta maldita con frutos de bendicion*. En sus amores debia aspirar el poeta á un ideal de perfeccion que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del

diluvio y á la rosa de Jericó: mas al cabo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle, y menospreciarle, y *llorar sus ilusiones perdidas*; ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los piés de los altares, y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablarnos siempre de sí mismo. Pero esta manía autobiográfica la disculpo yo, y hasta la alabo; pues no sólo proviene de lo reflexivo del siglo en que vivimos, y de los sistemas de filosofía, que ahora privan, todos ó casi todos psicológicos; sino que es además muy cristiana, y no desdice de la humildad evangélica. Un pagano no hablaba de sí mismo sino cuando despues de haber hecho grandes hechos, tenia razón para creerse un prodigio de ingenio, de valor ó de doctrina; y aún así hablaba poco. Cuando Marco Aurelio escribió, ya el cristianismo estaba en todos los corazones. A un cristiano, con ser hombre le basta, *magna enim quædam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*, así es, que llena el mundo de sus quejas, tribulaciones y esperanzas. ¿Y por qué no ha de llamar á sí la atención del mundo, cuando llama constantemente la de Dios, y le interesa y enamora hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitacion y malestar de los espíritus, y presenti-

miento del socialismo, era la idealizacion de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debian imputar á la sociedad mal organizada, y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad les venia estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar á estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes, que apesar de los crímenes, hay en ellos. Si éste es un defecto, existe aun más en la gran poesía clásica, y nunca la poesía moderna tuvo héroes tan tremendos y de tan fieras é indomables pasiones, como los de la familia de Atreo, como Medea, y como Mirra. El destino inflexible, ó alguna divinidad malévola los impulsaba al crimen. El héroe romántico es libremente criminal, y justiciable del crimen que comete. En nombre de la ley moral se le puede condenar, y le condenamos. Su única excusa, esto es, el único motivo porque le compadecemos, es porque alguna virtud muy alta mal dirigida, ó alguna idea grande mal interpretada, ó alguna pasión noble, le extravian. Si entendemos á veces que la sociedad mal organizada es parte en algunas maldades del individuo, como la ley moral está más alta que el organismo social, siempre queda salvo el derecho de imponer una pena en nombre de esta ley aunque el crimen que se castiga, no sea todo del castigado. La sociedad puede ser cómplice; y como la sociedad somos todos, todos solidariamente somos también cómplices en aquel delito: y la perturbacion,

que causa el crimen en la sociedad, nos sirve de castigo. El médico de su honra, por ejemplo, y Roque, el bandido generoso y valiente, que hace prisionero á D. Quijote, son de los que perdonamos, y cuyos crímenes caen sobre la sociedad y las preocupaciones del siglo en que vivieron. Y no por creer en esta imperfeccion social, y en la perfectibilidad de la raza humana es nadie socialista. La poesía romántica tiene á no dudarlo, algo de socialismo; pero de un socialismo más alto, que aún está por venir. La poesía es toda aspiracion y vaticinio. La mágia fué ántes de los ferrocarriles, del gas y del magnetismo: Séneca profetizó el descubrimiento de America, y Esquilo en Prometeo la Redencion; y Virgilio adivinó mucho del sentimiento moral del cristianismo, y hasta el progreso civilizador de Europa, extendiendo por toda la tierra sus costumbres, su poder y su ciencia:

—erit altera quæ vehat Argo
Delectos Heroas: erunt etiam altera bella,
Atque iterum ad Trojam magnus mittetur Achilles.

No pretendo yo negar que haya habido autores, que por medio de sus obras poéticas, del teatro y las novelas principalmente, hayan querido propagar ciertas ideas, no ya de un socialismo que está por venir aún como doctrina, sino de ese socialismo que ha amenazado desquiciar la sociedad hace pocos años; pero esto no prueba sino que la poesía, que por sí misma, y en sí misma tiene un nobilísimo fin, cual es la creacion de la belleza, puede á veces, rebajándo-

se y desdoriándose, servir de instrumento á otros fines. No negaré tampoco el mal gusto de algunos, que buscando, solamente para sus dramas argumentos enmarañados y lances estupendos y terribles, los han buscado ya en las gacetas de los tribunales, ya en las antiguas crónicas, sin dar realce sino á lo feo y lo malo. Pero como lo malo y feo, feo y malo se queda, sin que estos dramaturgos y novelistas puedan ni quieran hacerlo pasar por hermoso y por bueno, aunque los acusemos de prosaismo, porque pintan las cosas como han sido y como son, y no como debieran ser, no me parece, con todo, que los podamos acusar de inmorales. Los hombres, que son buenos, no se enamoran de la maldad aunque la vean, sobre las tablas ó en una novela, salir triunfante de la virtud; porque en este mundo, real y positivamente estamos viendo esto muy á menudo, sin necesidad de recurrir á ficciones; y los hombres, que son malos, no aprenden nada que ellos ya no sepan sobre la maldad.

El saber, ensanchando el círculo de nuestras ideas, puede ser causa ocasional de nuevas virtudes, que de aquellas ideas se alimenten y vivan; pero no de nuevos vicios, porque el mal es cosa limitada, y facilmente se llega con la inteligencia á su último termino; y el bien es infinito, y mientras más campo abarca la inteligencia, más bien descubre, á donde llegar con la voluntad. Lo que sí puede dar el saber son los medios para cometer la maldad; pero nadie va á buscar estos medios en los libros de entretenimiento.

El verdadero y más notable defecto de los román-

ticos ha sido la verbosidad, que ellos llaman vaguedad; porque la pompa y magestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas, ó se dan á filosofar, como á menudo no saben siquiera lo que van á decir, ni entienden lo que dicen, arman una gerigonza y estruendo hueco, que acaso halague los oídos, pero que siempre se resiste á la traducción en una lengua extranjera, y hasta á una traducción en prosa y gramatical, hecha en nuestra misma lengua castellana. Muchos poetas románticos, cuando se sienten inspirados, van poniendo palabras unas en pos de otras, sin atender al sentido ni á los preceptos, que encierran con seis llaves, incluso los de la gramática. «No solamente (dice uno de estos poetas, y cuenta que es de los mejores), no solamente encerramos con seis llaves la gramática, sino que procuramos olvidarnos hasta de su existencia.» La gramática, según él, es un código convencional inspirado por la senectud.

De la afición á las palabras sonoras nace también lo falso, monótono y prolijo de las descripciones, que no están sacadas de la naturaleza misma, sino arregladas con palabras y frases ya usadas, y aun desechadas por otros poetas, y que sirven en todas ocasiones, vengan ó no á propósito: v. gr. *esponjado tulipan. ágil y pintado colorin, negro capúz, lúgubre son, fúne-*

bre ciprés, flotante tul, pliegues del viento y raudo torbellino.

Otro defecto del romanticismo español es la hipocresía: porque finje la fé que no tiene. Los versos místicos del día no valen, por lo sentidos, fervorosos y verdaderos, un villancico de los *Pastores de Belén* de Lope. Compararlos con los versos de León, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sería una blasfemia.

Falta, por último, á la poesía romántica de España aquella majestad tranquila, y aquel mirar sereno, que aun en los momentos de más grande pasión, ostentan y tienden sobre las cosas y las ideas la verdadera poesía clásica, y la de Goethe y de Leopardi.

Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia ó por descuido; llorones por moda, ó porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar; y muy á menudo, hinchados, palabreros, y vacíos de sentido. Mas á pesar de todo, yo entiendo que los debemos absolver por la inspiración y entusiasmo que suele haber en sus poesías; y porque muchos de ellos, que comenzaron á escribir cuando nada sabían, han ido después aprendiendo y corrigiéndose hasta llegar á un término razonable. Ni faltaron algunos, que nunca, ó rara vez, se apartasen de este razonable término: ya porque tuvieron la dicha de hacer mejores estudios, ó de estudiar algo antes de echarse á poetas; ó ya porque el claro entendimiento que tenían, los alumbraba para que del camino derecho no se apartasen, y la buena

voluntad les ponía estímulo para que se instruyesen.

Enumerar aquí uno por uno todos los poetas dignos de memoria, que últimamente ha habido en España, sería demasiado prolijo; y enumerar los malos y ménos que medianos poetas, que han ganado fama, y la popularidad efímera, que nace del capricho y del espíritu de partido, sería tan cansada como desagradable tarea. Baste considerar que no quedó ciudad de provincia donde no se estableciese un liceo, ó tertulia literaria con visos de academia; y allí el mayorazgo, el escribiente, el empleadillo y el estudiante, en fin todo jóven de cualquier condición que fuese, y no pocas muchachas, solían tomar los ensueños amorosos y melancólicos de la juventud, por estró y vocación poética, y se subían á la tribuna, y cantaban coplas de pié quebrado, y versos puntiagudos al empezar y al concluir, y gordos por el medio, y otras novedades más curiosas que entretenidas. Pero al son de este concierto universal, y cuando la furia del romanticismo se paseaba triunfante por toda la Península, descollaron tres ingenios tan altos y tan fecundos, que otros como ellos no habían venido á nuestro suelo, desde que murió Calderon.

II.

El primero de estos tres grandes ingenios es el duque de Rivas que, abandonando la escuela clásica francesa antes que el romanticismo pasase á España desde Francia, imaginó un romanticismo español sa-

cado de nuestros romances antiguos; y no imitándolos servilmente, sino tomando de ellos la forma y sabor, en cuanto de su propio estilo no se apartaban ni desconvienen, compuso sus preciosos romances históricos. Escribió también varias leyendas, canciones y dramas, y aun continúa escribiendo y coronando sus gloriosos blasones con el no ménos glorioso laurel de poeta.

En todas las obras del duque, se admira principalmente la espontánea lozanía de la imaginación, sin que se descubra el más leve indicio de que ha sido violentada. *El Moro expósito*, leyenda histórica de extraordinaria belleza y grandes dimensiones, parece dictada por el duque en un solo día, y escrita por un taquígrafo mientras que el duque la dictaba. Y de esta espontaneidad nace, sin duda, que el duque tenga, más que otro alguno de nuestros poetas modernos, lo que se llama estilo propio. En el duque el estilo es el hombre, y cuando habla y cuando escribe, siempre el duque es el mismo: lo cual no acontece, por lo comun, en los demás autores; que ya toman para escribir una manera artificiosa, y totalmente se desvian de la naturaleza, ó ya despojándose de la individualidad propia, se ajustan y ciñen á cierta pauta, y entran á formar parte indistinta de un género cualquiera.

El duque es más bien un poeta de inspiración que un poeta reflexivo; pero á veces su inspiración es tan alta y profunda que, sin quitar á sus obras la frescura de lo instintivo, les presta ideas y pensamientos que parecen hijos de la reflexión más detenida. Y donde

esto se vé más claramente es en su admirable drama *Don Alvaro*. El sino ó la mala estrella, es decir, un conjunto de circunstancias fortuitas, ponen á D. Alvaro en ocasion de cometer delitos que su mismo honor le manda que cometa, sin que por eso su voluntad se tuerza é incline al mal. Antes al contrario, los lectores todos y los espectadores del drama hallan en su conciencia, que D. Alvaro no hace mal en matar á sus enemigos y en matarse despues; y no sólo le absuelven, sino que le condenarian si no se matara. Si D. Alvaro, con las manos llenas de la sangre que ha debido derramar, y con el recuerdo reciente de la muerte de la mujer amada, se volviese al convento y á sus penitencias, el público le silbaria. D. Alvaro tiene, por consiguiente, que suicidarse; y sin embargo, el duque no ha pensado en hacer la apologia del suicidio, ni en recomendarle en algunas ocasiones; ni tampoco ha pensado en presentarnos el juicio del hombre en contradiccion con el juicio divino.

La concepcion del D. Alvaro vale más que la ejecucion; pero hay en este drama pormenores bellísimos. La escena final, sobre todo, es un cuadro terrible, maravillosamente pintado; y las dos escenas del aguaducho y del meson de Hornachuelos, dos cuadros de costumbres llenos de verdad y del más gracioso colorido.

Se nota, por último, en las obras del duque, y singularmente en los dramas, aquella elegancia perfectísima, aquella delicada cortesania, y aquella primorosa compostura, que resplandecen en las damas y gala-

nes de nuestras antiguas comedias, y que rara vez se descubren en las comedias de ahora; en las cuales, por huir de lo campanudo y culto, se suele caer en el extremo contrario de lo inculto y plebeyo; y se sacan á las tablas duquesas y marquesas, que no hablan sino de peregil y de rábanos y que hacen mil *gaucheries*, cuando presumen de finas.

Zorrilla es otro de los corifeos del romanticismo, y el más fecundo de todos. Poeta de más imaginacion que sentimiento y gusto, es incorrecto y descuidado á veces, y á veces elegante, como por instinto. Florido, pomposo, arrebatado, sublime, vulgar, enérgico y conciso, desleído y verboso, todo lo es sucesivamente, segun la cuerda que toca; pero siempre simpático y nuevo, siempre popular y leído con placer y aplaudido y querido con frenesí de los españoles.

A par de los mayores defectos, hay en las obras de Zorrilla verdadera hermosura. Si el crítico más severo fuese descartando y condenando al olvido todo lo que Zorrilla ha escrito de incomprensible, de demasiadamente prolijo, de falso y de vulgar, y aun suponiendo que todo esto formase las tres cuartas partes de sus obras, siempre nos quedaria otra cuarta parte, que pondríamos nosotros sobre nuestras cabezas, y que, como joyas riquísimas y divino presente de las musas, conservaríamos en el Narthecio de la memoria.

Las mismas composiciones de Zorrilla, en que la inspiracion desfallece, en que apenas sabe el poeta lo que quiere decir, ó en que no dice nada sino palabras huecas, tienen tal encanto de armonia y de gracia

para los oídos españoles, que nos ceplacemos en oírlos, y los repetimos embelesados sin meternos á averiguar lo que significan y aun sin suponer que signifiquen algo. El amor de la patria, sus pasadas glorias, sus tradiciones más bellas y fantásticas, y las guerras, desafíos, fiestas y empresas amorosas de moros y cristianos; todo, vaga y confusamente, se agolpa en nuestra imaginación cuando leemos los romances, leyendas y dramas de Zorrilla: y todo concurre á dar á su nombre una aureola de gloria, que no se ofuscará nunca, aunque la fría razón analice y ponga á la vista mil faltas y lunares.

El otro eminente poeta y corifeo del romanticismo ha sido Espronceda. Espronceda, ménos fecundo que Zorrilla y que el duque de Rivas, pero más apasionado. Sus versos, cuando son de amores, ó cuando la ambición ó el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazón: y nadie negará que este corazón era grande. En él se abrigaban pasiones veheméntísimas y sublimes. Espronceda,

con pensamientos de ángel,
con mezquindades de hombre,

hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido dónde, y como Byron nació. Espronceda no podía escribir para ganar dinero, alumbrado por una vela de sebo, y en una mesa de pino. Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y

amar en el mundo: y los deseos no satisfechos pervirtieron y ulceraron su corazón, que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravíos consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrilegas. Mas á pesar de todo, la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devoción respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos.

Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar á Byron. Yo confieso que le imita en algunas digresiones de *El Diablo-Mundo*, en el canto del *Pirata*, y en la carta de doña Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, que es casi una traducción de la de doña Julia. Pero estos envidiosos no comprenden ó no quieren comprender que D. Félix de Montemar no está tomado de Byron, y vale tanto ó más que los héroes de Byron; así como doña Elvira vale más que Medora y que Gulnara, cuando va loca de amor procurando en el jardín al traidor que la olvida, y cuando muere de dolor entre los brazos de su madre, bendiciendo aún la mano que la ha herido de muerte.

Doña Elvira es una creación admirable. ¿Quién no ha soñado con doña Elvira en sus ensueños de amor? Por lo general me parece cierto lo que dice el poeta italiano de que en las frentes estrechas de las mujeres no cabe el concepto del amor,

l'amorosa idea

Che gran parte d'Olimpo in se racchiude:
pero cuando esta idea penetra en el alma de la mujer,

y la baña con la luz de su gloria, la mujer la acoge y la acaricia, y la alimenta en su corazón, más vivo y más enérgico para el amor que el del hombre. Y estos riquísimos y delicados misterios, nadie mejor que Espronceda los sabe entender y descifrar, porque solo explica bien el amor el que sabe sentirle é inspirarle.

Doña Elvira es una mujer que vive y ama; y la vemos vivir y amar. En ella nada hay de fantástico sino la grandeza ideal, que debe poner el poeta en todas sus creaciones. Doña Elvira, como todos los personajes de Espronceda, aunque parezca extraña la comparación, es una potencia que tiene por raíz exacta la verdad. No así los personajes de Zorrilla, en cuya grandeza suele haber algo de sofisticado. Los mismos caracteres ya creados por el vulgo y engrandecidos por otros poetas, no llega á engrandecerlos Zorrilla sino desfigurándolos. Para dar una idea tremenda de don Juan Tenorio le hace apostar en una taberna, como un truhan fanfarrón, que matará á setenta ú ochenta hombres, y que seducirá á cien ó doscientas mujeres en un año. De esta laya de idealizadores son aquellos rabinos, que, para ensalzar á Dios, le dan no sé cuantas leguas de corpulencia; como si lo infinito cupiese en el tiempo y en el espacio, y se redujese á número y medida. ¡Cuán diferente del D. Juan Tenorio de Zorrilla es el D. Félix de Espronceda! D. Félix es más terrible que D. Juan, y le gana la apuesta y le mata, sin necesidad de poner por cuenta en un papel las mujeres seducidas y los enemigos muertos. Le basta á don Félix seducir á doña Elvira y matar á su hermano;

porque esta mujer y este enemigo, valen por un millón de los que apuntaba el otro en su lista.

En lo fantástico del cuento del Estudiante hay además una tan prodigiosa fuerza de imaginación, y una melancolía tan profunda y lastimera, que en vano se buscará más superioridad en la una, y más hondo sentimiento en la otra, ni en el Manfredo, ni en el Lara, ni en la Novia de Abydos, ni en el Giáour.

En los versos en que habla Espronceda de sus amores, de su desesperación y de sus desengaños, cada palabra es una lágrima; y toda aquella melodía interior é inefable del espíritu,

—memoria

acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria,

se deja oír al través de lo armónico de su dicción poética: la cual, salvo pocos lunares, es perfectísima y como de hombre que entiende la hermosura. Sirvan de ejemplo, y de objeto de admiración á quien los lea ó recuerde, el canto á Teresa, y los versos á Jarifa.

En fin, Espronceda, verdadera encarnación del romanticismo, en cuyo génio excéntrico y en cuyas pasiones tempestuosas nada había de adaptado solo á la poesía, sino que todo en su vida real se mostraba vivamente, murió de muerte temprana, víctima acaso de sus desórdenes.

Nos dejó Espronceda un poema no acabado cuyo título es *El Diablo Mundo*, en el cual, á la manera, ó

por más alta manera que Goethe en el Fausto, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado é increado, y legar á la posteridad un monumento más grande que *La Iliada* y que *La Divina-Comedia*. Esta pretension de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos en nuestro siglo; y así en España como en el extranjero, la han tenido en vano: pero los que, como Espronceda, no sólo tuvieron esta pretension, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga de ellos lo del filósofo: *Yo amo á aquel que desea lo imposible.*

Imposible es el propósito de Espronceda; y por eso el *Diablo-Mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien por lo mucho que el poeta valía, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas magnos. Otros mil poetas menores, descontentos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no contentos aun con ser apóstoles, y tener mision especial, se han convertido en génius y númenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los séres, como en el huevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reprobacion.

III.

Mientras más se dilata el círculo de nuestras ideas, más difícil es abarcarlas todas en una. El cristianismo, más grande que el paganismo, no ha tenido un poema

que sea más grande que el de Homero. Hubo un tiempo en que el poema católico (digo católico en toda la extension de la palabra), pudo nacer. Este tiempo pasó, y no volverá nunca. Hubo un tiempo en que la teología imperó sobre el mundo con imperio absoluto, gobernó lo temporal y lo eterno, y fué grande y maravillosa como de origen divino. Entonces pudo darse el poema, y no se dió, porque Dante llegó tarde. Marco Polo habia ya viajado por Oriente; Santo Tomás, Scotto, San Buenaventura, San Bernardo, Abelardo, etc., habian escrito; y los judíos, los árabes y los griegos nos habian transmitido la ciencia y la incredulidad antiguas. Lo sublime y vario del argumento no cabe ya en la *Divina-Comedia*; y el poeta sin atreverse á tratarle directamente, le trata de una manera subjetiva, haciéndose el centro del poema, é introduciendo, en medio de toda aquella grandeza, sus pequeñeces, miserias, rencores y disgustos; los cuales, si bien nos interesan, porque somos hombres y compadecemos, y porque el poeta es altísimo é interesante, todavía no se ha de negar que disminuyen, si no aniquilan la *comprensibilidad* deseada.

Vino despues el renacimiento, vino la reforma, y se rompió la unidad. Volvieron los Dioses del Olimpo á luchar con el del Calvario. La razon empezó á analizar y á desenterrar las antiguas doctrinas. Luego descubrió nuevas filosofías, y la imprenta, y otros continentes en la tierra, é infinitos espacios en el cielo, y estrellas, y soles, y mundos sin fin. Y engreida, orgullosa y alucinada con esto, rechazó de todas partes la